

hizo que sus compañeros hablasen griego y los griegos latin. La fusion del mundo heleno-latino estaba consumada.

El historiador moderno, tiene que dejar el viejo sistema que consistia en aplicar al pasado nuestras ideas politicas, y al sentir bajo el imperio respirar en libertad al mundo y ponerse en contacto tantos factores de civilizacion, no puede menos de aplaudir la desaparicion de aquella República aristocrática, que era el dominio de las facciones en Roma y el de la rapacidad y de la violencia en las provincias.

*Tiberio.*—(14—37.) (1) Despues del prolongadísimo reinado de Augusto, viene este largo tambien de Tiberio, aunque solo duró la mitad del tiempo que el anterior. Verémos cómo la lógica de la institucion imperial se va des- envolviendo durante él, marcándose sus caracteres cada vez con mayor fuerza. Así como es evidente la filiacion entre el principado de Augusto y las instituciones republicanas de los últimos tiempos, así los nuevos factores que concurren al desarrollo del imperio, harán de él un monarquismo cada vez más absoluto, que dejará de ser romano para irse tornando en despotismo á la oriental; tal cosa tenía que ser, no la representacion del dominio de Roma sobre el mundo, sino de la influencia del mundo sobre Roma.—Lleguemos á los hechos.

(1) No vamos á reproducir aquí el debate que sobre el mérito de Tiberio se ha entablado en estos últimos tiempos. Sin caer en el error de Hoëk, que lo tiene por un príncipe admirable, si convendremos con la escuela histórica contemporánea, en que Tácito, víctima de su imaginacion que lo inclinaba á dramatizarlo todo, de la literatura declamatoria de su tiempo y de sus sentimientos aristocráticos, ha falsificado bastante esta individualidad, presentándola como monstruosa. En el mismo Tácito, por fortuna para la verdad histórica, que es lo único que puede preocuparnos, encontramos elementos para rectificar el juicio que la posteridad guiada por él, se ha formado de Tiberio, y para apoyar esta conclusion que es ya la de todos los historiadores serios del imperio: Tiberio fué un hombre criminal con circunstancias atenuantes, un tirano para Roma, un excelente emperador para las provincias. (V. Merivale, Stark, Duruy.)

Tiberio, vástago de la orgullosa *gens* de los Claudios, se habia mostrado un hábil general en sus luchas en las fronteras del Rhin y del Danubio, un ambicioso tenaz en el hecho de haberse confinado en Rhodas cuando Augusto pareció dar la sucesion del imperio á los hijos de Julia, un buen hermano cuando la muerte de Drusso, y en todo un hombre austero, sombrío, ejecutor despiadado de la ley, un verdadero romano educado entre los jurisconsultos y los espectáculos crueles del circo, lleno de respeto por las fórmulas jurídicas, pero impasible ante la sangre y el dolor.—Tenia cincuenta y seis años á la muerte de Augusto y su primer acto para alejar competidores fué ordenar la muerte de Agrippa Postumo, á quien nadie sintió. Se aseguró desde luego de las legiones y sin ruido pero firmemente se impuso al Senado, en donde muchos lo detestaban, unos por republicanos, otros porque se creian con los mismos méritos para ocupar el lugar de un hombre en cuyas venas no corria una sola gota de la sangre de los Césares. Esto lo sabia Tiberio, pero seguro del miedo que aquellos hombres le tenían, no vaciló en arrancar el poder electoral de los comicios populares, para transferirlo al Senado, con el objeto de tenerlo más á su disposicion.

En el ejército la cosa fué distinta, las legiones de Pannonia se sublevaron primero queriendo un aumento de sueldos, Tiberio envió á ellas á su hijo Drusso, acompañado de un hábil consejero y favorito suyo, Seiano, y la rebelion fué sofocada así. En el Rhin quisieron hacer de Germánico un emperador, el valiente joven amenazó con suicidarse pero solo á fuerza de promesas logró calmarlas; en otra parte logró aplacar la sedicion tambien y los soldados mismos castigaron á los principales agitadores.

En seguida Germánico los llevó al combate; hizo dos expediciones en Alemania siguiendo las huellas de Drusso, su padre, es decir entrando por el Ems hasta el corazon de la Germania. En la primera llegó al sitio en que habia sido vencido Varo y dió sepultura á los huesos de los legionarios esparcidos en la selva de Teutberg. Hermann vivia aun y combatió heroicamente. En la retirada tanto las tropas de tierra como la flota sufrieron terribles peligros. La segunda expedicion fué coronada por una gran victoria sobre Hermann, mas allá del Weser, en el llano de Idistavissus. Entónces Tiberio fiel al pensamiento de Augusto, de no alejar mas allá del Rhin, del Danubio y del Eufrates las fronteras del imperio, lo llamó á Roma para triunfar.

Tiberio habia gobernado en Roma con mucha prudencia, interrumpida aquí y ahí por rasgos de crueldad propios de aquellos hombres y de aquella época. Rehusaba los honores divinos, animado como estaba de un desprecio profundo por los que lo rodeaban en quienes solo veia enemigos abyectos contenidos por el miedo. Su amor por la justicia legal llegaba á tal grado, que á pesar del respeto que siempre tuvo á la anciana Livia, su madre, nunca consintió en lo que le pedia cuando se trataba de ir contra la ley. Ejercia liberalidades en los que la necesitaban, rehusándolas á los que habian caído en la miseria por sus vicios aunque llevasen grandes nombres y no aceptaba los legados que le dejaban personas desconocidas, en sus testamentos. Siguió construyendo como Augusto, á pesar de su poco amor al arte, y como encargado de la inspeccion de las costumbres, arrojó á los astrólogos de Italia y reprimió los desórdenes de los histriones. Tambien fundó algun establecimiento análogo á nuestros bancos, que produjo muy buenos resultados.

Germánico celebró en Roma su triunfo con gran esplendor y el año 17 partió para Grecia y Oriente, mientras que Drusso fué enviado al Danubio para presenciar la caida del reino de Marbod, atacado por los Queruscos y traicionado por los principales caudillos marcomanos. Marbod pidió asilo á Tiberio y vivió y murió oscuramente en Ravena. Hermann, tambien fué sacrificado por los suyos y el poder de los queruscos terminó con el héroe, cuya popularidad dura aún en Alemania.

Germánico, recibido con júbilo inmenso en Oriente arregló rápidamente los asuntos de Armenia, de Capadocia, de la Comagena y tuvo en Siria un avenimiento con los parthos, mientras que otro de los lugartenientes de Tiberio vencía á Tacfarinas, nómada desertor de las legiones que se habia rebelado arrastrando á las tribus nómadas y musulmanas en pos suya y trastornando toda la provincia (17).

Por desgracia para Tiberio, Germánico, que de vuelta del Egipto, se habia disgustado profundamente con el gobernador de Siria, el violento y orgulloso Pison, amigo de Livia, murió en Seleucia víctima del veneno, segun decia el vulgo. No hay ninguna prueba seria de tal envenenamiento, desechado ya por los historiadores, ni mucho menos de que Tiberio haya sido cómplice de Pison. Pero la honrada y dominadora Agrippina, mujer de Germánico, acogió el rumor, en odio á Livia y atravesando el Mediterráneo llevando las cenizas de su esposo, cruzó la Italia en medio de una inmensa multitud que lloraba á Germánico. La dura Antonia, madre de este, Livia y Tiberio permanecieron encerrados una entregada al dolor y los otros con toda probabilidad, profundamente contrariados por el suceso. Pero como las manifestaciones subian de punto y se mezclaban á ellas rumores

ofensivos para Tiberio, este, cosa muy natural, mandó que cesaran, diciendo segun Tácito, que los príncipes eran mortales pero la República eterna. A su vuelta de Siria, Pison fué juzgado por el Senado (así lo quiso Tiberio) y aunque no se encontró prueba alguna del envenenamiento, se dió la muerte.

Concluido este ruidoso asunto Tiberio siguió manifestándose solícito por los hijos de Germánico que puso bajo la custodia de Drusso y mostrándose cada vez más digno en Roma del renombre de justiciero, viviendo como un rico particular, vigilándolo todo, corrigiendo severamente las costumbres por sus disposiciones contra los adúlteros, tomando parte en la administración de justicia y aplicando la ley hasta contra los dioses, como sucedió con los judíos á quienes expulsó de Italia por los delitos de algunos de ellos, y con los sacerdotes de Isis, que, convencidos de un abominable abuso, fueron crucificados, destruido el templo y la imágen de la diosa arrojada al Tiber. En las provincias habido sus tentativas de rebelion en Tracia, en las Galias, en donde se sublevaron Floro y Sacrovir, que llegó á apoderarse de Autum, pero fueron prontamente sofocadas. En Africa la revolucion de Tacfarinas que habia vuelto á tomar serias proporciones concluyó con la muerte del rebelde y de los suyos gracias á la energía y habilidad de Blesus tio de Seiano, último general que recibió de los soldados el título republicano de *imperator*. Por lo demás la misma dura y seca justicia que caracterizaba al gobierno en Roma, extendía á las provincias su bienhechora influencia, la hábil eleccion de los gobernadores, su larguísima duracion en los encargos que se les confiaban, la implacable persecucion á los prevaricadores, de quienes no escapó uno solo á la mano de fierro del emperador, y la

rebaja de los impuestos, tales son los méritos de la administracion de Tiberio en las provincias; con razon algunas como Macedonia clamaban por pasar del gobierno senatorial al imperial. Los hechos que prueban detalladamente estos asertos, están consignados en el gran proceso que ha formado contra Tiberio, Tácito, su acusador ante la historia (*Annales*).

Todo hacia esperar que tal como habia sido, hasta entonces, siguiera el reinado de Tiberio; pero la ambicion infernal de Seiano, velaba al lado del viejo monarca. Ofendido por Drusso, el hijo de su bienhechor, determinó hacerlo desaparecer y de acuerdo con la mujer del jóven príncipe lo hizo envenenar. Nada supo Tiberio del complot y la muerte de Drusso, lo sorprendió haciendo mas triste, mas duro, mas sombrío su carácter. Este (23 d. J. C.) fué el momento psicológico en el reino de Tiberio; aunque siguió protegiendo á los hijos de Germánico (v. Ann. IV-8) y mostró des eos, que Tácito cree fingidos, de abdicar el imperio, desde aquel dia parecieron ávidos de sangre aquellos labios que segun la frase de Shakespeare, no habia humedecido nunca la leche de la humana ternura.

El emperador se sentia probablemente rodeado de peligros y como no veia la mano que lo atemorizaba, dejándose arrastrar por los consejos de Seiano, desconfió de los suyos, sobre todo de Agrippina que cada vez más altiva y más indómita, fiada en la memoria popular de Germánico, disfrazaba menos su ódio por Livia, por Tiberio y por Seiano. Este todos los dias subia mas, haciéndose decretar honores casi divinos y dejándose equiparar á su amo, soñaba con el trono. Habia reunido las cortes pretorianas en un campo fortificado cerca de Roma, para poder disponer mejor de ella y como acababa de afirmar

mas su influencia en el ánimo de Tiberio, salvándole la vida en el derrumbe de un abóboda que pudo aplastarlo, dirigió todos sus tiros á la viuda y los hijos de Germánico, únicos obstáculos entre él y la herencia del imperio que esperaba arrancar á su amo.

Tiberio tenia en la mano la terrible ley de *majestatis*, de lesa magestad, y con ella podia herir á mansalva.—El republicano Cremutius Cordus obligado á suicidarse, primer ejemplo de las muertes estóicas que dán una fisonomía tan noble á los grandes republicanos de la época imperial, abrió la lista y Tiberio que se habia retirado á la isla de Caprea, convertida por Augusto en una mansion deliciosa, se propuso desde su aislamiento hacer sentir su poder á los que suponía sus enemigos. Lo acompañaba Seiano. Los partidarios de Agripina, los que prometian el trono á sus hijos, empezaron á expiar sus faltas.—Sabino fué herido el primero, gracias á la delacion de algunos senadores, que hacian por lucro este oficio innoble; abundaron desde entónces las delaciones mútuas de los aristócratas, y las ejecuciones. Contra ellas no habia más recurso que suspenderlas mientras llegaba Tiberio, que jamás volvió á Roma. El emperador y el pueblo asistian encantados al espectáculo de los nobles degollándose entre sí.

Despues de la muerte de Livia, Tiberio se arrojó sobre la familia de Germánico, Agripina y Neron, su hijo mayor, fueron confinados en dos islas.—Uno murió pronto, la otra se dejó morir de hambre cuatro años despues. Druso, el segundo de los hijos de Germánico, fué encerrado en el palacio imperial en Roma, y solo se salvó por su juventud, Caio, á quien los soldados de Germánico habian dado el célebre apodo de Calígula.

Seiano, que ya habia querido casarse

con su manceba y cómplice, la viuda de Druso, empezó á manejarse como un futuro emperador. Hecho cónsul, volvió á Roma en donde tenia altares y sacerdotes. Antonia, la madre de Germánico, denunció á Tiberio la conspiracion. Este empezó por hacer el vacío en derredor de Seiano, que sintiéndose amenazado quiso precipitar el golpe; el emperador le previno, y Macron, un oficial de confianza, marchó á Roma, se aseguró de los pretorianos, prendió al favorito, lo hizo ejecutar y entregó al pueblo su cadáver, que fué arrastrado por las calles de la ciudad. (31)

Seis años le sobrevivió Tiberio, seis años de de crímenes.—Los partidarios del favorito fueron perseguidos implacablemente, y cuando Tiberio supo cómo habia muerto su hijo Druso, su íntimo y sombrío furor no conoció límites. Caprea se convirtió en un tribunal de sangre y el viejo emperador, dicen sus biógrafos, se complacia en los suplicios.—Algunos se salvaron, otros personajes notables no fueron molestados, muchos delatores fueron castigados, pero esto no lava las manchas de sangre que habia en las manos de aquel septuagenario feroz. Entónces la fiebre del suicidio invadió las altas clases y el más interesante de todos los que así murieron, fué el altivo y eminente jurisconsulto Labeon, cuyo padre habia muerto en Filippos.

En este tiempo colocan Tácito y Suetonio las orgías espantosas de Caprea, en que el vicio griego dominaba. Son improbables, dada la edad del hombre y el silencio de otros historiadores, de Josefo sobre todo, tan bien impuesto de lo que allí pasaba. En cuanto á la administracion en Italia y en las provincias, siguió tan firme, tan sábia como siempre.—Tiberio murió en 16 de Marzo de 37 á los 78 años, poco tiempo despues de que su hábil lugarteniente

Vitellius hubiera paseado las águilas romanas en el centro del imperio de los parthos vencidos. Las anécdotas relativas á su muerte no son dignas de crédito. Repetimos para concluir nuestro juicio: hombre sin corazón, tirano en Roma, buen emperador para Italia y el mundo.

*Calígula*. (1) (37-41.)—Pasemos rápidamente sobre la biografía de este hombre enfermo; uno de los varios casos de patología mental que ofrece la historia de los emperadores romanos.—Niño epiléptico y pusilánime, alimentado en su adolescencia en el terror de Seiano y de Tiberio, se vió de improviso dueño del mundo. El Senado no decretó á Tiberio el apoteosis, pero Calígula impidió que fuera declarado tirano. El joven príncipe manifestó al principio tan buenas inclinaciones, que á pesar de sus desórdenes privados, Roma lo aclamó en medio de entusiastas fiestas como su salvador. Una enfermedad puso en peligro su vida, más cuando sanó la enfermedad mental hizo explosión. Entonces comenzaron sus locuras; hizo matar al hijo de Tiberio, á Antonia, la madre de Germánico, se casó con su hermana Drusilla, luego la arrojó del palacio á ella y á su otra hermana Agripina, la futura madre de Neron; despues empezó á disponer de las matronas romanas y mientras se entregaba á los encantos de la música (se creía un gran cantante) provocaba á todo el mundo, al Senado, á los pueblos bárbaros, á las provincias; el año de 39 partió para una expedición á la frontera del Rhin y huyó cobardemente; luego inventó victorias y sus guardias germanos y los inofensivos galos tuvieron que resignarse á hacer el papel de prisioneros.

Pero su tema constante era su divinidad; pronunciaba oráculos entre las

(1) Su nombre oficial era Caius César; el sobrenombre de *Calígula* se lo habían puesto de muy niño los soldados de Germánico, su padre.

estatuas de Castor y Polux: en Roma, declaró la guerra á Neptuno, insultaba al Júpiter del Capitolio, quiso que le trajeran al Olímpico de Feidias y ordenó que su estatua fuese adorada en el *sancta sanctorum* de Jerusalem. El gran filósofo judío-alejandrino Filon, decia que el gran odio de Caio contra su pueblo, provenia de su convicción de que nunca lo habian de mirar como á un dios. Se construyó templos, tuvo un colegio de sacerdotes de su culto y su caballo *Incitatus*, fué uno de los pontífices: lo queria hacer cónsul. Se dice que en una expedición que intentó contra la isla de Britania, hizo que las legiones atacaran al Océano. Merivale cree que esta es una exageración y que á este maniaco coronado se atribuyen algunos hechos falsos ó exajerados, probablemente, pero el testimonio de Filon y la conformidad de los historiadores son pruebas que hunden en el cieno su memoria, aunque su afección cerebral, *mens turbata*, dice Tácito, disminuye su responsabilidad.

No hablaremos de sus locas profusiones, (en ménos de dos años concluyó con el tesoro ahorrado por Tiberio) de los asesinatos cometidos para apoderarse de los bienes de los muertos, de su ocurrencia de rematar en Leon, el mobiliario del palacio imperial, á precios fantásticos; de sus regalos por el estilo del que de la Comagena y de una parte de la Kilikia hizo á Antiokos y de la Palestina á Agrippa, ni del abandono de la Armenia á los parthos; lo hemos dicho ya: era un loco. Su gobierno prueba la espantosa abyección de los aristócratas romanos, que contestaban á sus reproches terribles y justos algunas veces, con adulaciones inauditas, y lo mucho que el gobierno de Tiberio, mezclándose en todo primero y luego aislándose en Caprea, habia hecho adelantar la consolidación del

poder absoluto. O suicidarse ó asesinar al príncipe, eran los dos únicos géneros de protestas; entonces Chereas, tribuno de los pretorianos, escogió este último y el 24 de Enero de 41, aprovechando un momento en que el príncipe entraba en una galería lejos de sus fieles germanos, lo asesinó.

*Claudio* (41-54).—Los conjurados y Chereas á su cabeza invitaron al Senado á suprimir el principado; las vacilaciones del alto cuerpo comenzaron, y mientras se decretaban elogios á los asesinos y los unos querian la restauración de la República y se ofrecían los otros para desempeñar el imperio, los pretorianos se apoderaban en el palacio, de un hombre tenido por imbécil, Claudio, hermano de Germánico, y lo proclamaban emperador. Los mensajes entre el Senado y el nuevo emperador comenzaron, las cohortes urbanas abandonaron á Chereas y Claudio se apoderó del Capitolio, en donde lo recibieron los senadores prosternados. Chereas y algunos republicanos notables perecieron.

Claudio era un anciano sensual, y semi-idiota, con rasgos de lucidez y cierta benevolencia natural. Considerado inútil por su familia se habia dedicado á los trabajos de erudición arqueológica y filológica, y algunos de ellos han servido para ilustrar la primitiva historia de Roma. Puso el cetro en manos de sus libertos, que como todos los de su clase, eran los que más se distinguían entre los esclavos, y que fueron, por regla general, más ilustrados que sus amos. Los de Claudio, Pallas, Narciso, Polybio y Calixto, eran hombres hábiles y gobernaron bien. Claudio, dice Suetonio, fué el ministro de aquellos cuatro monarcas.

El nuevo emperador empezó por una amnistía y á pesar de sus escentricidades en el Senado, en que imploraba

gracia de los padres conscriptos y solo les permitia deliberar rodeado de sus guardias, y en los tribunales, en donde acusadores y abogados se burlaban de él con frecuencia y en donde juzgaba conforme á la equidad con gran escándalo de los jurisconsultos, llegó á ser muy popular. Sus libertos hacían ajusticiar á sus enemigos, pero reformaron la legislación civil, endulzándola respecto á los esclavos, que empezaron á ser considerados como hombres á quienes no se podia matar impunemente, protegiendo á la mujer en el seno de la familia, modificando en un sentido liberal las leyes testamentarias, combatiendo los abusos de los abogados, dando á los cónsules y procuradores imperiales el cuidado de los menores, disminuyendo las fiestas, realizando el prestigio del Senado, introduciendo sabias reformas en el ejército y velando con gran solicitud por la buena administración de las rentas públicas.

Bajo la dirección de estos hombres se llevaron á cabo trabajos de grande utilidad en Ostia, y en el lago Fucino que intentó desecar Claudio y sobre el cual ofreció al pueblo romano el espectáculo de un combate naval en que tomaron parte diez y nueve mil personas. Mucha sangre se derramó, lo que era del gusto de Claudio y del pueblo.

La administración de las provincias fué mucho más liberal de lo que lo habia sido hasta entonces. El número de ciudadanos romanos, que representa la asimilación de Roma y las provincias llegó á cerca de 6.000.000 que representaban una población de más de 25.000.000; precisamente cuando Claudio trataba de obtener del Senado que los ciudadanos de la Galia cabelluda tuvieran derecho á los honores de Roma, hasta formar parte del Senado, fué cuando, con una rara inteligencia de la historia pronunció aquellas palabras memora-